

DECISIONES

La vida humana está hecha de decisiones; no se puede vivir continuamente en la incertidumbre o en la ambigüedad. No decidirse es signo de inmadurez. Por otro lado, no se pueden recorrer al mismo tiempo caminos divergentes, o incluso opuestos. Elegir supone aceptar un camino y renunciar al otro. Y para que la elección sea plenamente humana, personal, libre, consciente y responsable, debe estar fundada en la verdad, en el conocimiento y en la experiencia de la propia vida.

Josué presentó este dilema al pueblo: “*¿A quién queréis seguir?, ¿a quién elegís?, ¿al Dios trascendente que lleva con poder nuestra historia, o a los ídolos frágiles pero manipulables por el hombre, y a quienes sirven tantas gentes de nuestro entorno?*”. La respuesta de los israelitas, reunidos en asamblea -“*Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses*”-, no fue fruto de una sesuda reflexión filosófica o teológica; era la proclamación gozosa de una fe fundamentada en su propia historia: el Señor “había estado grande” sacándolos de Egipto y haciendo alianza con ellos. “*¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!*”.

Nuestra sociedad, que busca la felicidad, necesita imperiosamente que alguien le pregunte: “**¿a quién elegís?**”. Mientras el evangelio hable de valores morales el peligro se nota menos. Mientras Jesús sea solamente Maestro, siempre hay posibilidad de adaptarlo. Pero **llega un momento en que Jesucristo ha de plantearse como quicio de la vida y de la historia humana, y los Sacramentos como signos eficaces de una Salvación que trasciende toda filosofía, toda ética, toda política**. En este momento, incluso el hombre de Iglesia puede recular peligrosamente hacia unos llamados “valores cristianos”, pero con olvido del Jesús vivo, resucitado, operante y salvador. “*¿También vosotros queréis marcharos?*”, pregunta Jesús. **El hombre de hoy, como el de siempre, tiene necesidad urgente de una experiencia histórica, personal e intransferible de trato íntimo con Jesucristo**, que, en medio de las dificultades, le lleve a exclamar como Pedro: “*Pero Señor... ¿a dónde voy a ir después de haberte conocido? ¡Sólo Tú tienes palabras de Vida Eterna!*”.

Las medias tintas nunca han llenado el corazón humano. Tanto Josué como Jesús hablan con claridad y exigen respuestas libres y claras. Las palabras de Jesús son duras y difíciles de comprender. Muchos le abandonaron porque no comprendían su lenguaje; otros -como los apóstoles- decidieron seguirle aunque no comprendían su significado. La fe y el seguimiento es una opción libre. La respuesta de Pedro resume la actitud del discípulo que ha experimentado la hondura y el amor del maestro: el camino seguirá siendo angosto, pero la confianza ha sido renovada. Dios espera nuestra respuesta... y es paciente. **Crear no es comprender, sino poner la confianza en Dios.**

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM